

INFORMES.

I.

GUERRAS DE ÁFRICA EN LA ANTIGÜEDAD,
POR EL TENIENTE GENERAL D. CRISPIN X. DE SANDOVAL.

Las guerras de África en la antigüedad se titula el nuevo libro del Excmo. Sr. Teniente General D. Crispin Ximenez de Sandoval, cuyo exámen se sirvió encomendarme nuestro digno Director en 21 de Noviembre último para que diese cuenta á esta Real Academia del concepto que pudiera merecerme.

Forma un tomo de 420 páginas en 4.º, y va adornado de un mapa de la parte septentrional del África, dibujado por D. Emilio Valverde y Álvarez.

El libro reúne, á una oportunidad para todos perceptible en las circunstancias actuales, el estudio más concienzudo de las varias luchas á que ha servido de teatro el vasto territorio á que se contrae, tan instructivas, como para el historiador, para el estadista y el hombre de guerra, llamados en él, hoy más que nunca, al planteamiento y resolución de problemas políticos y militares del mayor alcance. Y que esa ha debido ser la mira preferente del autor, la de advertir, para contingencias futuras, de los riesgos que pudieran correrse en casos semejantes á los señalados en su obra, lo prueba el que, al título, ya transcrito, de ella, añade seguidamente el de *Lecciones históricas y de doctrina militar tomadas de los mejores textos conocidos*, carácter preceptivo que despues extiende á la política más propia para con pueblos, si próximos geográficamente, muy distantes de nosotros en cultura y aspiraciones.

Para, de todos modos, apreciar el mérito del libro del General Sandoval, aún cuando de suponer por el del bellissimo de *Aljubarrrota*, tan justamente celebrado en esta docta corporacion, hay que entrar en el estudio detallado de los varios capítulos que lo componen y de las conclusiones, sobre todo, que deduce, dignas del más detenido exámen por lo que importan ó pueden importar á nuestra patria.

Ya en el Prólogo establece el principio. en esta Academia inconcuso, de ser la Historia el guía más seguro en las operaciones de la vida, aduciendo, para darle fuerza, textos de los filósofos más distinguidos. Y como se dirige más principalmente á militares, el autor recuerda, en apoyo de su opinion, la autorizadísima del emperador Napoleon, que nos ha sido transmitida por el conde de Las Cases en el *Memorial de Santa Elena*. «Haced la guerra ofensiva, decía el Capitan del siglo, como Alejandro, Anbal, César, Gustavo Adolfo, Turena, el príncipe Eugenio y Federico; leed y releed la historia de sus ochenta y ocho campañas y modelaos por ellos: éste es el solo medio de llegar á ser capitan y de sorprender los secretos del arte...»

Ya ven los señores Académicos que en este rudo y áspero ejercicio de la guerra entra por mucho el estudio de la historia, que es la experiencia adquirida en el recuerdo de las grandes empresas, y el ejemplo de los que las ejecutaron. Porque el genio de la guerra, que es el conjunto de cualidades, potentes todas y perfectamente equilibradas en el que las posee, ese compuesto admirable en que se funde la materia, las armas, el terreno, con el espíritu generador de las fuerzas morales, el talento, el carácter, el prestigio, tiene por primera de entre ellas la experiencia ajena, como antes he dicho, revelada en los libros. Como nuestro Cárlos V con los *Comentarios de César*, han recorrido el mundo los grandes capitanes más célebres cargados de la doctrina de Tucídides, Xenofonte, Vegecio, Maquiavelo y tantos otros como se han ocupado en transmitirnos la suya ó la de sus ídolos en la guerra. Napoleon, ese monstruo de fortuna, cual la entendían los antiguos, que ha dejado en el mundo rastro tan luminoso para todo género de inteligencias, se hacía acompañar de una biblioteca en miniatura que él llamaba de campo. Pues bien:

para sólo la parte histórica encargó á M. de Bourrienne la adquisicion de los libros que á continuacion se enumeran en copia y traduccion de una nota que le entregó el gran Emperador, escrita de su propia mano. Héla aquí: *Historia.*—*Plutarco.*—*Turana.*—*Condé.*—*Villars.*—*Luxemburgo.*—*Duguesclin.*—*Sajonia.*—*Memorias de los mariscales de Francia.*—*Presidente Heinault.*—*Cronología.*—*Marlborough.*—*Príncipe Eugenio.*—*Historia filosófica de las Indias.*—*De Alemania.*—*Cárlos XII.*—*Ensayo sobre las costumbres de las naciones.*—*Pedro el Grande.*—*Polibio.*—*Justino.*—*Amiano.*—*Tácito.*—*Tito Livio.*—*Thucidides.*—*Vertot.*—*Dosima.*—*Federico II.*

¡Cómo no había de fascinar á las muchedumbres, que ciegas de entusiasmo le seguían, quien, genio verdaderamente oriental, cultivaba así su extraordinario talento!

Hé aquí por qué y para qué ha compuesto su libro el General Sandoval. ¿Cómo no han de enseñar las experiencias en él acumuladas? ¿Por qué no han de aprovecharse, al verlas cada día más autorizadas con ejemplos recientesísimos en el mismo teatro, y con actores en nada diferentes á los que en él se nos representan?

Los primeros que el General Sandoval nos pone en estudio, son naturalmente el griego Agatocles y los romanos Régulo y Manlio; aquél, dando el ejemplo, que despues reprodujeron Tarif y Cortés, de destruir sus naves para evitar todo conato de retirada en los suyos, y Régulo, el sublime, tan conocido y celebrado, de preferir la muerte á un momento de pausa en la marcha, ya iniciada, del engrandecimiento de su patria.

Pero la desgracia del ilustre romano se debe á un hombre de guerra culto y adiestrado en la incesante contienda de las repúblicas helénicas, y su ejemplo puede tomarse como de una lucha equilibrada, pues que, segun dice, y con razon, un escritor moderno, «de todas las influencias capaces de contribuir á la formacion de un buen ejército, la más eficaz es, sin disputa, la del jefe que lo mande.» Xantipo ordenó á los cartagineses, como hubiera podido hacerlo con los lacedemonios, sus compatriotas; y en la batalla de Túnez puede decirse que volvió á plantearse el problema, poco ántes puesto en estudio por Pirro, entre la legion y la fa-

lange, hasta con el mismo aditamento de los elefantes con que el célebre epirota había sorprendido á los romanos en Italia.

Á la primera guerra púnica siguió la sublevacion de los mercenarios. Si no era fácil se entendieran galos, españoles, griegos y nómadas que, aún con otros de distantes partes, componían por lo regular los ejércitos cartagineses, en cambio, y así lo reconoce Polibio, una vez lanzados por los caminos de la rebelion, se entregarían á los excesos más grandes. Hasta en Europa y en época de la mayor cultura, se han visto ejércitos de una composicion similar, la de los auxiliares que en el siglo XVI llevaban el nombre de *Naciones*, ejerciendo actos de increíble ferocidad contra hombres y objetos dignos de la mayor veneracion. Cartago castigó, sin embargo, á los mercenarios como entónces se usaba, con su completo exterminio.

No deja de ser instructivo el artículo en que trata ese asunto el General Sandoval, que no desperdicia ocasión para sacar doctrina que pueda aplicarse á cuantos objetos contribuyan al estudio y conocimiento del arte militar. Pero donde á sus aficiones arqueológicas militares, de que tan galana prueba ha dado en varios de sus escritos, reúne el criterio eminentemente técnico que resplandece en el de *Aljubarrota* y las *Memorias sobre la Argelia*, es en el exámen de la segunda guerra púnica. Despues de once años de una lucha tan excepcional que, á los movimientos ofensivos de uno de los beligerantes en Italia, se resiste con los que el otro ejecuta en España, se encuentran junto á Cartago Aníbal y Escipion, los dos hombres de guerra más ilustres de su tiempo. El sitio de sus operaciones, la presencia allí del héroe cartaginés, llamado de Italia como última esperanza ya de la patria, vencida en sus dos generales Asdrúbal y Sifosx, salvada por el valor incomparable de un puñado de españoles que, como en el Metauro, prefirieron á la vida la honra de su raza; y el aislamiento en que aparecía Cartago, reducida á ocupar escasísimo número de posiciones en su derredor, hacían presentir un desenlace funesto para su causa en un plazo no largo, quizás inmediato. Y así debió temerle el mismo vencedor del Trasimeno y Canas, porque, negando á su gobierno autoridad y competencia para la premura que le imponía en su accion militar, anduvo esquivando el combate,

hasta que, reforzado por Magon, su hermano, y el nómida Tycheo, se situó en Zama como para cortar á Escipion sus comunicaciones con el interior y provocarle á una batalla.

El General Sandoval describe la de Zama en los términos mismos que Polibio, la autoridad mayor en la historia de los Escipiones. Y, como á Polibio en este caso, sigue nuestro autor, entre los clásicos griegos y romanos, para cada una de las campañas que se ha propuesto narrar, á aquel que, por coetáneo y, si es posible, testigo presencial, considera más digno de fe ó más instructivo en el fin militar á que dirige sus investigaciones. Y para que se vea lo escrupuloso que en ese punto y en el de sus estudios geográfico-militares se muestra el General Sandoval, voy á trasladar de su obra dos cortos párrafos, dedicados á examinar la situacion de Zama y los antecedentes que le han guiado para la descripción de la batalla refida en sus inmediaciones.

Dice así en ellos: « lleva indebidamente esta batalla el nombre de Zama, pues que tuvo lugar á bastante distancia de aquella poblacion y muy cerca de la de Naragara; sin que pueda caber duda en esto, por la narracion de Polibio y por lo que convence el razonamiento hecho por Dureau de la Malle para identificar los lugares en su obra *La Algerie, Histoire des Guerres de Romains, de Byzantins et de Vandales*. Despues de todo, la situacion de esa ciudad de Zama, que no debe confundirse con otra de igual nombre que fué la última corte del rey Juba I, no se halla todavía fijada con exactitud, y por eso está sin señalar en el mapa del Depósito de la Guerra de París: Mármol, y otros con él, la identifican con *Zamora*, pueblo muy distante en la actual provincia de Constantina; algunos pretenden colocarla en una localidad llamada *Zuarin*, otros en *Zag* ó en *Zuam*, pero todos, guiados más que en datos geográficos, en la remota semejanza de pronunciacion; únicamente Pellissier, en su *Description de la Regence de Tunis*, apoya con varias razones su opinión en favor de *Zuam*. Y en cuanto al señalamiento del campo de batalla, que tampoco es posible designarlo con entera seguridad, debe leerse un artículo del capitán francés Mr. J. Lewal, inserto en el núm. 8 de la *Revue Africaine*, Argel, Diciembre de 1857.»

Esto en cuanto á la situacion de Zama, que Polibio dice se

hallaba á cinco jornadas al S. O. de Cartago y hace pocos meses ha dado por perfectamente conocida un escritor francés en una descripción altamente poética de la batalla que decidió de la supremacía romana en el litoral del Mediterráneo; que respecto á las fuentes de que se ha servido en su trabajo, dice el General Sandoval: «mucho se ha discutido acerca de esta batalla y del mérito de los dos célebres generales; mas no existiendo sobre ella otras noticias que las que dan Polibio, Tito Livio y Apiano (los cuales están algo discordes), y ninguna procedente de los cartagineses, porque desgraciadamente se perdió para la historia la relación escrita por el mismo Aníbal, que parece llegó á ver Polibio, es muy aventurada cualquiera crítica que se pretenda hacer ó cualquiera alteración en los textos originales que nos transmitieron aquellos autores. De consiguiente, por apreciables que sean como estudios militares los comentarios del caballero de Folard, dominado siempre por su pasión á las excelencias del arte táctico romano, según él lo comprendía, las remotas reflexiones de Guischartt, y la más moderna descripción del teniente coronel Macdongall, nunca pueden sobreponerse á los primitivos relatos históricos.»

Ya ve la Academia con qué medida y precaución camina el autor de las *Guerras de África* por la áspera senda de sus investigaciones históricas; no senda, sino dédalo, inextricable á veces, en que tantos se han perdido al tomar por hilo guizador las deducciones, más ó menos lógicas, de otros, ó las que su saber y experiencia, su amor propio quizás, han podido sugerirles.

Pues así como para las empresas de los Escipiones, que fueron coronadas con la destrucción de Cartago, se vale el General Sandoval de Polibio, que asistió á ella como maestro y camarada del ilustre debelador de la ciudad fenicia, así en la guerra de Yugurta acude á Salustio, y en las civiles á Hircio, ya que César no pueda suministrarle la relación de sus hechos en África, por no haber llegado á nosotros, si la escribió, esa parte de sus inestimables Comentarios.

Ya al recordar aquella jornada memorable, epílogo del drama de más de un siglo en que se disputó el imperio de Occidente, aparece en la obra del General Sandoval, no sólo revelado, sino

en ejecución, su pensamiento de dar á conocer el carácter de las guerras africanas. En las *Breves Reflexiones* con que termina el capítulo I; con el conocimiento ya de las guerras de Cartago y aquella de Masinisa donde la fe romana, igualmente censurable que en Sagunto, corrió parejas con la púnica, tan decantada por lo pérfida; con el conocimiento, repito, de unas luchas en que, al lado ó enfrente de las legiones, al lado ó enfrente de la falange, tan rivales en su valor técnico cual en los elementos de su composición, se presentan los que ofrecen el teatro de la lucha y sus habitantes, aquél con su suelo y su clima especiales, y éstos con su carácter y espíritu belicoso, que son el objeto de la obra, el general Sandoval los expone de la manera que va á ver la Academia.

«Bajo el punto de vista, dice, exclusivo de la guerra, es innegable que abundan ejemplos que utilizar para el estudio del arte en su dilatada esfera, en aquellas tan sangrientas y prolongadas luchas en que eran principales contendientes los Estados más poderosos de la época, y figuraron á la cabeza de los ejércitos hombres tan célebres como Régulo Xantipo, Amílcar, Aníbal, Masinisa y los Escipiones. Y por lo que respecta á la especialidad de las guerras de África, esto es, á las circunstancias que le son características, tenemos ya consignadas en este primer capítulo varias expediciones marítimas importantes con numerosas tropas de desembarco sobre aquel continente; hemos seguido las marchas, los trabajos ejecutados en campaña y en sitios de plazas; el aprovechamiento ó descuido de los accidentes del terreno, de las armas y elementos de que se disponía por los beligerantes en las operaciones y batallas; se han dado á conocer las cualidades y propensiones más salientes en el carácter de los pueblos africanos, fáciles de arrastrar á la sublevación, ligeros en dar y faltar á su palabra; y por último se han presentado en escena esos guerreros nómadas tan ágiles y atrevidos en su modo de combatir, mejores para hostilizar que para la resistencia, y teniendo ya por costumbre, que legaron á sus descendientes, el dispersarse en fuga al menor contratiempo, para volver á reunirse á gran distancia del lugar donde sufrían un revés de la fortuna.»

Ahí está sintéticamente expuesto el objeto á que se dirige el

trabajo de mi digno é ilustrado compañero el General Sandoval. Porque si llega á demostrar que los africanos de la zona septentrional han conservado esos rasgos característicos que hicieron tan difícil y lenta su sumision, sin llegar, aún así, á ser ésta completa ni incondicional en sus distintas regiones, podrá luego explicar los obstáculos encontrados no hace mucho por nuestros vecinos los franceses para su establecimiento en la Argelia, y los que ahora pueden hallar en el que intentan, por más que otra cosa digan, en la regencia de Túnez, asiento de la antigua provincia cartaginesa y objeto preferente de las invasiones en aquella costa.

La guerra de Yugurta es la más instructiva bajo ese punto de vista. Inspirándose, quizás, en el espectáculo, que habia presenciado, de la ruina de Numancia, y apoyado en una astucia, modelo acabado de la de su raza, acompañada de un valor verdaderamente heróico, templado en tanto y tanto ejemplo de pericia militar como habia recibido á las órdenes de Escipion, no sabemos si proyectó, pero sí que llevó á efecto, una campaña que no deja de tener sus puntos de semejanza con la de la ciudad celtibérica.

Igual número de cónsules desacreditados; preocupacion semejante en Roma; tiempo casi el mismo de lucha, rara vez interrumpida, y un nuevo Escipion en aquel Metelo, depuesto por las intrigas de Mario; la prision, por fin, del Númida por la discordia, tan característica en sus compatriotas como en los nuestros. Existe, sin embargo, entre otras, una diferencia que redunde en la mayor gloria de nuestro país. Yugurta sostuvo tanto tiempo la lucha á favor de una astucia política tan eficaz como vil y cobarde fué la venalidad de los cónsules enviados para combatirle. Si Numancia llegó á ser *terror de Roma*, fué en guerra abierta y generosa, venciendo por el valor y espíritu de independencia innatos en sus hijos, y sucumbiendo ante la disciplina de un enemigo que sólo en ella podía encontrar el éxito de su empresa.

Ahora bien: si en el *Comentario Crítico* que á ese capítulo dedica el General Sandoval apunta la comparacion de Abd-el-Kader con Yugurta, al describir, en el siguiente, las guerras ci-

viles de los romanos en África y la accion militar de Saburra, teniente de Juba, contra los partidarios de César, vuelve á su tema del carácter y manera de pelear de los africanos. «Mostráronse, dice, entónces los númeridos lo mismo que en las guerras anteriores, y como se verán en las sucesivas, siempre consecuentes en sus costumbres y manera instintiva de pelear; ligeros y diestros jinetes, tan prontos para amagar como para herir; reacios al órden, á la disciplina y formacion; practicando por regla invariable la dispersion instantánea y la reunion despues pronta é inesperada; y consiendiendo su plan constante de batalla en acosar y envolver por los flancos y retaguardia.»

Ya vé la Academia cómo va nuestro autor ligando sus razonamientos con los hechos históricos para ir trayendo hasta nosotros el culminante por su perpetuidad de la manera de ser de nuestros vecinos del otro lado del estrecho gaditano. Porque en ese capítulo de la guerra civil entre César y los pompeyanos, y despues en el IV de las *sublevaciones y guerras durante la dominación romana hasta el siglo V*, lo mismo con Tacfarinas, el héroe Garamante que, segun la frase de Tácito, «por huir la infamia del cautiverio, murió, no sin venganza, metiéndose por las armas enemigas,» que con Firmus, jefe, tres siglos y medio despues, de los kábilas de la Argelia, y con Gildon, su hermano, se viene observando la sucesión de actos semejantes y conducta igual en los íncolas del África á punto de hacer exclamar al General Sandoval que «las expediciones de los franceses, en nuestra época, contra los kábilas de la Argelia, la manera de batirse éstos y su sumisión, una vez vencidos, parecen reminiscencias de las campañas del conde Teodosio descritas por Amiano Marcelino.»

Pero cruzan el estrecho los vándalos al abandonar las riberas márgenes del Bétis, llamados, como saben perfectamente los señores académicos, por el conde Bonifacio; se esparcen por el litoral sin respetar el convenio que celebraran con el delegado imperial, lo arrollan y persiguen hasta Hipona, donde, despues de esfuerzos inútiles, tiene que capitular y embarcarse para Europa. Genserico va seguido de multitud de aliados africanos, ávidos, dice el historiador español, de pillaje y de sacudir la vieja dominacion romana, con lo que, no tan sólo se enseñoreó

pronto de gran parte del país, sino que dos años despues sus naves surcaban el Mediterráneo, tomando tierra sus fieros tripulantes en varias de las islas próximas y hasta en la embocadura del Tíber para penetrar en Roma misma como auxiliares de la emperatriz Eudoxia.

El establecimiento, con todo, de los vándalos en África fué como el de sus sucesores, los godos, en España, el de un campamento que destruyó luego Belisario para, muy pronto despues, desaparecer de toda la costa el de los imperiales á impulso del huracan islamita que desde la Meca se extendió con velocidad increíble á la Persia, el Egipto y hasta las columnas de Hércules, cubriendo la tierra de desolacion y luto. Y en la parte de África á que se contrae el trabajo del General Sandoval, fué, á la tercera vez de intentarla, tan rápida y ejecutiva la conquista, que sólo puede comprenderse por el arraigo también que tomó inmediatamente, hasta sustentarse todavía con su mismo espíritu yemenita y el dogma religioso que la acompañara. «Indicios de comun origen, dice el General, aunque remoto y tradicional, existían entre los habitantes indígenas y la gran familia ismaelita de los árabes; en los usos y costumbres tenfan bastantes puntos de contacto; la vida nómada de muchas de sus pequeñas nacionalidades ó tribus; la sobriedad, la inclinacion á la guerra, y al pillaje se hermanaban en ambas razas, así como en los idiomas de raíz semítica y en los tipos físicos se pretende tambien había cierta conformidad.» «A esos rasgos, añade, característicos de los naturales, agregábase igualmente notable analogía en algunas condiciones del suelo: las arenosas llanuras de la Cirenáica y de la Tripolitana, como todas las planicies meridionales de la Bizacena y de la Numidia, donde crecen las palmeras, donde se crían tan ágiles caballos como sufridas y ligeras castas de camellos, y donde el sol se siente con el mismo ardor que en la península arábica, se les presentaba como una continuacion de su propia tierra á los infatigables hijos del Hedchaz y el Yémen, brindándoles, además, para poseerla, la famosa fertilidad de los valles y lomas de sus montañas, y la riqueza de los establecimientos bizantinos del litoral.»

Con el fin de las guerras que el General Sandoval llama muy

propriadamente clásicas, y el de los clásicos sus historiadores, la lección militar que se ha propuesto tiene que tomar rumbo diferente, aunque dirija al mismo, al único objetivo suyo. En cada una de las obras que ha consultado hasta entónces, en la de César como en la de Polibio, en Plutarco como en Amiano Marcelino, en todas las que han servido para conservar la memoria del pueblo-rey, se junta á la narracion de los sucesos más importantes lo que ahora se llama la filosofía de la historia, representada en los militares por consideraciones, sentencias ó avisos que ponen de relieve el genio de los pueblos vencidos, su organismo bélico y sus maneras diferentes de hacerlo eficaz para la defensa nacional. Y nuestro autor, excogitando las ideas y hasta las frases que considera como más elocuentes, en el sentido como en la forma, para conducir á sus lectores á la meta que ha levantado por término de tan árdua labor, va en ella sucesivamente escalonando aquellas consideraciones y sentencias que han de demostrar en este caso la perpetuidad en el carácter, en las costumbres militares y en la aspiracion constante de los pueblos africanos del Septentrion á su independencia y aislamiento. Y esas consideraciones y sentencias, verdaderos avisos, repito, que, al fijar la atención del lector militar sobre ellos, le advierten de la conducta que le conviene seguir, como en el estudio, en la resolucion de los problemas que en un porvenir más ó ménos próximo puede estar llamado á resolver, van además anotados en distinto carácter de letra para que los clave en su memoria como jalones que necesita plantar sucesivamente en direccion de aquella meta á que hace poco me refería. Reunidos esos apotegmas, formarían un pequeño estudio militar del mayor interés, de una importancia que han hecho crecer sobremanera nuestra guerra de 1860 y la actual campaña de los franceses en la Argelia y Túnez.

En vez de borrarse esos rasgos característicos de la fisonomía moral del pueblo africano con el tiempo y el roce de sus principales y más inteligentes tribus con las nacionalidades cultas que han acudido á su suelo, las mantuvo sin defigurarse ni mezclarse, no parece sino que los ahondó hasta su primitiva traza ó el lineamiento, si así puede decirse, de su origen. Ha sucedido,

en nuestro sentir, aún más. Aquella cultura, por algunos tan decantada, que, arrancando de Bagdad y Damasco, recorrió todo ese camino del litoral africano para alcanzar su apogeo en la española Córdoba, templo de las letras y de las artes en los primeros siglos del islamismo, ha desaparecido de entre nuestros vecinos del otro lado del mar, hasta el punto de que casi, casi, podemos considerarlos como sumidos en la barbarie de sus antepasados prehistóricos. Tales son su ignorancia, sus instintos de crueldad y de repulsion á cuanto constituye hoy la existencia social del mundo civilizado que tienen á su frente, tan próximo á él y buscando su trato.

El General Sandoval describe la invasion musulmana y su fácil establecimiento en África, así como explica su estabilidad, puede decirse que indestructible; valiéndose, para ello, de los datos que le han proporcionado las obras de los arabistas más distinguidos. No es sólo el viaje oficial que verificó con el ilustrado capitán D. Antonio Madera, cuyo talento y luces contribuyeron tanto al éxito de las *Memorias sobre la Argelia*, el que pudo proporcionarle los conocimientos necesarios para la presente obra: cuatro ó seis expediciones más á aquellos países, inclusa la de la guerra de 1860, tan rica en experiencias; el exámen de todos los archivos de Europa, lo mismo que en el Escorial, en París, Lóndres y Viena, y un estudio incesante de muchísimos años, le han conducido á la formacion de una bibliografía africana, la más rica de las conocidas hasta ahora.

Como el libro en cuyo exámen me estoy ocupando, esa bibliografía estaba destinada á yacer en la oscuridad por la modestia de su autor y el retraimiento á que sus dolencias le han reducido; y sin los ruegos de sus amigos y la energía é inteligente iniciativa del General marqués de San Roman, su camarada de siempre, perderíase para las letras una obra que será tan gloriosa para la patria como para el que la ha formado á fuerza de vigiliass, de dispendios y talento.

Digo esto porque así podrá la Academia formarse una idea, siquier imperfecta, de lo concienzudas que deben ser la narracion de las guerras y dominacion arábigas y las observaciones con que nuestro autor la salpica y comenta, importantísimas

todas, así para el objeto casi exclusivo á que se destinan, como para la explicacion de aquellas irrupciones, auxiliares ó enemigas de los musulmanes españoles, rechazadas tan ejecutivamente por nuestros antepasados en Calatañazor, las Navas y el Salado.

Las guerras, pues, de los Almoravides, de los Almohades, de Abel-el-Mumen, y la expedicion de San Luis, última de sus tan inútiles como generosas empresas en África, son tratadas con gran criterio por el General Sandoval en el capítulo VII y con la intencion militar que caracteriza toda su obra.

No necesito sino leer el epígrafe del capítulo VIII para que la Academia comprenda su importancia. Dice así: «*Conclusion.—Ojeada general retrospectiva.—Cotejo de sucesos antiguos y modernos y anotaciones doctrinales deducidas.....—Consideraciones finales, militares y políticas, respecto á las empresas de África.*»

De la revista abreviada que pasa el General Sandoval á los sucesos, latamente historiados en los capítulos anteriores, deduce en ése conclusiones político-militares que, con el cotejo que en seguida presenta de ellos y los modernos más sobresalientes demostrando que «en África más que en ninguna parte pasan los siglos, pero los hombres y las costumbres quedan inmutables,» segun dice un escritor francés, «llama la atencion, estas son sus palabras, hácia dos consideraciones que creemos entrañan todo el interés de la materia, á saber: la concerniente al modo de iniciarse las conquistas, y lo que atañe á que se consoliden ó á que se pierdan.»

«El acometerlas, dice más adelante, al empezarlas no es cosa difícil, mas la cuestion está en conocer á dónde y hasta dónde se llevarán; si se cuenta con los medios y recursos que exigirán sus contingencias futuras, y tener la seguridad de poder afrontar las complicaciones que surjan. Por eso, añade, se requiere detenido estudio, profunda meditacion y preparacion muy anticipada, para resolver una empresa formal sin que asalte el temor de tardío arrepentimiento.»

De esta conviccion deduce el general Sandoval la inutilidad de la ocupacion de puntos del litoral marroquí el dia que se de-

clarara la guerra al Imperio, ocupacion de que surgiría este. para él, fatal dilema, que á propósito subraya: *O el abandono ó la extension indefinida del dominio, si no se quisiera conservar á perpetuidad semejante adquisicion.* Pero como antes y despues de esa observacion multiplica los razonamientos y los ejemplos de operaciones desgraciadas en su marcha al interior, resulta que para el General Sandoval, y él mismo lo dice, «en nada puede pensarse sobre adquisicion territorial en África, ó es preciso decidirse porque sea en escala mayor en la conquista y ocupacion de extensas comarcas ó provincias, y por consiguiente consagrando á ello un ejército sin limitacion de fuerza ni de tiempo y sin que espanten los desembolsos.»

Esto es tanto como declarar imposible toda empresa en África; y nosotros los españoles no podemos conformarnos con la idea de tal conclusion. Porque desde el ensanche dado hace tiempo por los franceses á su ocupacion en la Argelia, desde el reciente establecimiento de sus tropas en Túnez y, sobre todo, ante el peligro, cada dia más inminente, de que, cruzando el Muluya, su frontera con Marruecos, se extiendan por el litoral ó se dirijan rectamente á Fez, España no puede permanecer indiferente. Un día llegaría á ver rodeados sus establecimientos de la costa africana por esos peligrosísimos vecinos ó por los ingleses que, en tal conflicto, no abandonarían intereses de la cuantía que representa la presencia de sus rivales seculares en la orilla del Estrecho opuesta á Gibraltar; y en uno ú otro caso los perdería nuestra patria, la única nacion á quien nadie puede disputar la legitimidad de su derecho á ambas.

Ante esa eventualidad, no sólo es conveniente, sino que urge apoderarnos del promontorio que forma el pequeño Atlas entre el cabo del Agua, donde termina por Oriente uno de sus ramales enfrente de las Chafarinas y la desembocadura del Sebú en la costa occidental. No disputaré aquí sobre el mayor ó menor alcance que deba darse al dicho del Cardenal Cisneros y á las cláusulas contradictorias del testamento de Isabel la Católica y del de D. Fernando, su marido, acerca de nuestros intereses religiosos y políticos en África; pero á unos y otros se une ahora la satisfaccion del honor nacional y, aún más, la suprema necesi-

dad de nuestra independencia, imposible de mantener más adelante en otras condiciones.

Hé ahí la parte del libro del General Sandoval en que se atreve á apartarse de sus autorizadas opiniones el que suscribe este informe. Y cree poderlo hacer con alguna confianza, porque, sea por sospechar, que al fin ha de prevalecer la opinion general, sea por abarcar, entre otras, esa hipótesis, el General Sandoval da en seguida los consejos más sabios sobre la conducta que debe observarse en el caso de ejecutar alguna empresa en África.

Tal es el nuevo libro del general Sandoval, trabajo interesantísimo que en nada desmerece del de Aljubarrota, tan celebrado, repito, en esta Real Academia, ni de los otros muchos que han valido á su autor la autoridad de que disfruta en el ejército. Objeto altamente patriótico, verdad histórica ya reconocida, dicción sóbria y elegante en las ocasiones, sobre todo, propias, enseñanza útil, más que nunca, en las actuales circunstancias; todo lo reúne la obra para los hombres, particularmente á quienes la patria puede un día confiar sus destinos y el honor de sus armas. Es la quinta esencia de las prácticas de muchos siglos y de la meditacion y la tarea de largos años dedicados casi exclusivamente al estudio de un país tan interesante como el africano próximo á nosotros, y á la prueba moral y material de sus habitantes. Y no tome la Academia estos elogios por efecto de una inclinacion amistosa, de un espíritu de compañerismo en el que tal juicio la ofrece hoy, que, aun sin negar esos sentimientos hácia quien tanto los merece por su extraordinario mérito y relevantes servicios, ama todavía más la verdad y no había de ocultarla á esta respetable corporacion, burlando así la confianza que en él ha puesto. ¿Qué mayor garantía, de otra parte, que las Reales órdenes de 11 de enero y 21 de abril últimos, insertas al fin del tomo, disponiendo la formacion del presupuesto y la impresion de la obra por cuenta del Estado? La primera de esas soberanas disposiciones dice, además, que: «en consideracion á los excelentes informes emitidos por el Director general de Infantería y la Junta Superior consultiva de Guerra sobre tan importante trabajo, así como del servicio eminente que con ello ha

prestado en esta ocasion tan distinguido Oficial general, aparte de los que ya cuenta en su larga y honrosa carrera militar, que demuestra una vez más la ilustrada aplicacion, experiencia y conocimientos generales que en tan altas dotes posee, se ha servido (S. M. el Rey) disponer, como público testimonio de ello, se conceda á dicho Oficial general la gran cruz del Mérito Militar de las designadas para premiar servicios especiales.....» etc.

Creo, pues, que debería pasarse un oficio de gracias al señor General marqués de San Roman para que, á su vez, las transmita al General Sandoval, con la expresion del honroso concepto que su obra ha merecido de esta Real Academia, si es que los señores académicos encuentran fundado el que, sin el alifio con que otros lo revestirían, tiene hoy la honra de presentarle el último de ellos.

Madrid 9 de Diciembre de 1881.—*José Gomez de Arteché.*

II.

NOTICIA DE ALGUNOS RESTOS ESCULTÓRICOS DE LA ÉPOCA ROMANA.

En cumplimiento de la comision que se sirvió conferirme el Sr. Director accidental, voy á informar á la Academia sobre las ocho copias fotográficas que tuve el honor de presentarla por encargo de nuestro correspondiente en Málaga, el Sr. D. Francisco Guillen y Robles, en las cuales se encuentran reproducidas varias de las estátuas, relieves y otras antigüedades que conservan en su hacienda de la Concepcion, próxima á aquella ciudad, los excelentísimos señores marqueses de Casa-Loring.

Hace algun tiempo que estos señores construyeron sobre una pequeña colina de la expresada granja ó casa de campo un templo de estilo griego y órden dórico, cuya forma le hace aparecer *próstylo*, *tetrástylo* y *eústylo*, estando resguardado su interior por ligera techumbre de cristales, á fin de preservar los objetos que